

no omiten medio ni desaprovechan ocasión.

Si necesitan un traje, no utilizan al sastre de su pueblo: lo encargan a la corte. Si les hace falta unas botas, no las encargan a su convecino el zapatero: las compran en la capital. Y lo mismo hacen con el mueblista, el comerciante, el hojalatero, el herrero y todos los artistas del pueblo donde residen: les dan las migajas, les encargan los remiendos, las chapuzas; los utilizan cuando no hay más remedio, cuando no pueden utilizar a otro. Esto viste mucho; esta manera de obrar es de más tono; así se dan pisto. Pero cometen la iniquidad, por el afán de darse importancia, de destruir todo lo que en el pueblo es vida, prosperidad, adelanto, progreso, cual es el fomento del amor al trabajo. Como no estimulan al obrero, como no le pagan más que miserias por el trabajo que le hacen ejecutar, como lo explotan inicuamente, como lo instruyen además en toda clase de trapacerías, lo hacen holgazán y tras de holgazán inculto y tras de inculto vicioso y tras de vicioso criminal.

Esta labor la realizan en los pueblos todos los pudientes: unos por acción, otros por omisión. Los caciquillos, los mangoneantes, los parlanchines, los *corre-ve-y-dile*, por el primer procedimiento; los humildes, los que trabajando hicieron su capital, los formales, los honrados, los que

no caciquean, los que se están en su casa, por el segundo, por omisión, por no oponerse a los desmanes de los otros, y por la cobardía de no exponerse a las iras de aquellos viles y atrevidos trapisondistas.

Y el mismo procedimiento que siguen con el obrero, siguen también con el médico. Por una mezquina iguala exprimen su ciencia hasta el infinito; lo molestan a todas horas, lo mismo de día que de noche, sin consideración de ninguna especie, sin miramientos de ningún género, sin compasión siquiera. Y llegado el momento de necesitar algún servicio extraordinario que pudiera reportar alguna utilidad al profesional a quien tanto molestaron, para compensarle siquiera en parte de aquellas molestias, ¡ah! entonces caminan diligentes a la Corte a que la remuneración recaiga en un colega de nombradía, ante quien tienen el atrevimiento de poner a veces como un trapo al que hicieron trabajar día y noche en su beneficio, al que deben tal vez la vida, y a quien como final suelen endosarle el nuevo trabajo de enmendar los desatinos o desaciertos que cometió con ellos el distinguido colega de la Capital a quien se entregaron sin otra finalidad que la de darse importancia. ¡Yo que tanto tiempo he estado en la Corte al lado de sabios Doctores, cuántas escenas de estas he presenciado!

Por estas razones, no me explico ni creo

podré explicarme nunca, por qué los médicos, han de prestarse a hacer el juego a estas gentes, sirviéndoles de juguete, sintiéndose hasta honrados con su amistad y haciendo de esta suerte el más indigno y denigrante papel que puede hacerse.

Comprendo, hasta cierto punto, que sea engañado por ellos un trabajador ayuno de cultura; pero no me cabe en la cabeza que sea engañado un Médico. ¡No verán claramente que estos clientes no producen nada, como no sea trabajo y molestias! Influencia no tienen, dinero no dan, honra no producen, contribuyendo en cambio a indignificar la profesión con sus constantes intrigas. ¿Pues para qué sirven?

Ya he demostrado prácticamente, que ni producen nada, ni para nada sirven, ni a nadie honran. Los conocí enseguida y tuve la quijotesca genialidad de darles esquinazo, con lo que no he mermado mis ingresos, habiendo aumentado en cambio mi tranquilidad.

Si todos los médicos aprendieran a sacudirse este lastre, ¡qué había de reirse de nosotros la humanidad!

H. DOMINGUEZ



— 20 —

pobre señor está enfermo... Si fuera ella...

CARMT.<sup>a</sup> Hola Antonia. (Entra por el foro)

ANTONIA. Adios señorita. Ahora mismo acaban de marcharse su tía y su cuñado.

CARMT.<sup>a</sup> Me alegro no haberme encontrado con ellos. ¿Qué tiene el tío Emilio?

ANTONIA. El bulto ese. Ha tenido que quedarse en la cama.

CARMT.<sup>a</sup> ¿Sí? Voy a verlo.

ANTONIA. Ya sé que la ha mandado venir.

CARMT.<sup>a</sup> Como el pobre no tiene a nadie... Porque a mi tía y a los demás valiera más que no los tuviera... No vienen nunca y cuando vienen alguna vez es para darle disgustos... ¡Qué familias algunas, Dios miol. . (Pasa a la alcoba) (Antonia queda arreglando el Gab.)

ANTONIA. Y qué verdad es señorita.

CARMT.<sup>a</sup> Tío Emilio. Ya me tienes aquí. No dirás que me he descuidado en venir.

EMILIO. No, no. Ya lo veo.

CARMT.<sup>a</sup> ¿Cómo estás? (Se sienta al lado de la cama)

EMILIO. Qué sé yo... Dicen que mal... Por eso he querido que vengas... Ha estado aquí tu tía... me ha traído un médico;... dicen que quieren trasladarme a Madrid... ¡Qué se yo!... Ya sabes lo que es tu tía...

CARMT.<sup>a</sup> Ya lo sé... por desgracia. Y tú, ¿para qué me llamas, que quieres?

EMILIO. ¡Que he de querer! Estar tranquilo en mi

E

— 17 —

operen y nos quitamos de encima estas molestias.

CARMEN. Porque hay que tener en cuenta que este hombre está aquí sólo, que no tiene ropas, ni personas que le cuiden, ni nada ..

D. JUDAS. Yo allá tú. Lo único que digo es, que pudiendo operarlo éste, la cuestión de las ropas y esas cosas ya se solucionarían. Pero allá vosotros... Yo no tengo interes.

ESCOBÓN. Mejor es que le mandemos a Madrid y nos quitamos de ese cargo.

CARMEN. (al Dr.) Usted cree que puede trasladarse sin peligro?

DOCTOR. Mal está, pero tanto como para correr su vida peligro en el viaje, no señora.

CARMEN. Pues esta noche escribo a mi sobrino para que le busque enseguida un Sanatorio donde estar y mañana mismo o pasado, se traslada. Voy a decírselo a él. (Pasa a la alcoba)

ESCOBÓN. Falta que quiera marcharse. Ya sabes lo que es.

D. JUDAS. ¿Qué?

ESCOBÓN. Le digo a tu mujer, que si le da por decir que no se va... Ya sabes lo terco que es. (Mientras D.<sup>a</sup> Carmen habla con el enfermo encienden un pitillo y hablan en voz baja.)

CARMEN. Oye Emilio... Dice el médico, que es necesario hacerte una operación y que aquí